

C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

la tierra valenciana

LA tierra valenciana y la ciudad de Valencia son consecuencia de un río, el Turia, y como tal toda la ciudad de Valencia parece impregnada de un profundo perfume de tierra adentro; son los aires que le llegan del interior aragonés, de las vertientes que incluso en la etimología la unen a las tierras abruptas de Teruel. Todo ello manifiesta la más antigua raíz ibérica. Aquella Thyria de los iberos, al preceder a la actual Valencia, fue anulada por la Valencia romana; y la Thyria, que ha derivado en el Turia actual, tiene un parentesco etimológico con la Zuria y la Thuria vascongada, que significa «río blanco». Valencia es una ciudad que está en la desembocadura de un blanco río.

Como toda ciudad asentada en el sitio donde han afluido las aguas del interior, Valencia está rodeada de una gran huerta, fértil y hermosa. Esta huerta es consecuencia remota de las avenidas seculares; las cuales, al tiempo en que en ocasiones han sido portadoras de la muerte, han constituido también la base de una fertilidad agrícola y hortelana, en cuyos sustratos están los légamos y los humus fecundos de la agricultura y de la vida.

Como todas las tierras pingües, la vida de Valencia ha sido a menudo un tráguo humano y político; se puede decir que en un momento determinado todos los pueblos de la cultura occidental han sido señores de Valencia, hasta cuajar en la estructura clásica y mediterránea que la equipara a las grandes ciudades comerciales y artísticas del litoral occidental latino. Pero en la noble arquitectura, en el gótico esbelto, en la piedra insigne de la ciudad de Valencia, nosotros tenemos siempre presente la realidad del campo que la envuelve, la llanura de la huerta, y en las calles de Valencia sentimos que ese campo se ha metido en la ciudad y transita por ella entre egregias pilstras.

*Hortelano era Belardo
en las huertas de Valencia
porque la fortuna obliga
a lo que el hombre no piensa.*

Los versos de Lope nos dibujan la figura humana del hombre valenciano, del cultivador de esa periferia agrícola de la urbe, de una belleza apacible y singular, rica en serenidad, en sobriedad y en decoro.

Siempre que nos acercamos a Valencia, antes de entrar en la ciudad, nos paramos a considerar su contorno. La mejor literatura de don Vicente Blasco Ibáñez nos ha pintado la condición humana del agricultor de la huerta y, sin saber por qué, vemos en ese prototipo de la raza y del campo, el símbolo de la ciudad y de la tierra. El «llaurador», con su carro y su haca, no tienen aquí la raíz dramática de los hombres del campo en otras latitudes y otras tierras, en las que el campo es signo de soledad y de pasión. Por el contrario, el hombre de la huerta parece, más que herir, acariciar la tierra fecunda. Podría, en cierto modo, referirse a él el apotegma del trabajo y el juego con que especulara felizmente don Eugenio d'Ors. El hombre de la huerta transpira la tranquila serenidad de los hijos de Dios y su paso por la novela rural

está exento de trágicos claroscuros. Epicúreo y vital, tiene la holgura espiritual y física suficiente para mantenerse en pie sobre la tierra, con cierta rémora del primer hombre creado precisamente con el barro, al que hubiera dado esplendor sensual y fulgor anímico un soplo de viento con olor de azahares.

Al otro lado, hacia el sur, cruzada ya la ciudad, el paisaje cambia, la belleza de la tierra se nos manifiesta de otro modo. Nos agrada contemplar la sutil caligrafía del paisaje, traspuesta la ciudad de Valencia por su salida meridional. Hacia el Saler, los bosques de pino y la línea del paisaje parecen, no sabemos por qué, una finísima estampa japonesa. Todo allí nos recuerda el hechizo oriental: el color del cielo y el de las aguas, los canales interiores que surcan, de vez en cuando, barcas de quilla muy plana; de modo que, a veces, recostados bajo un árbol, no vemos más que una vela solitaria que parece cruzar por la tierra como el ala de un pájaro o de un ángel que se fuera despacio a un destino de claridad y de luz.

valencia y el mundo

Toda la tierra valenciana tiene un sabor antiquísimo y una raíz secular. Allí está el olivo ceniciento, en extensas zonas de tierra seca, agarrándose al pedregal; la estirpe romana de la tierra se manifiesta en las casas solitarias del interior donde aún los hombres tienen perfil de medallón. Mas la virtud del agro se instala entera en la ciudad, arquetipo y emporio de esa amalgama y mezcla de riquezas dispares.

Valencia es una ciudad histórica completa por una razón: porque ella se bastaría teóricamente a sí misma en el equilibrio de sus hombres y de las distintas funciones que ellos ejercen. La ciudad de Valencia no poseía hasta hace poco una gran industria, pero ella es capaz, en realidad, de ejercer la gama más amplia de todos los oficios.

Al hijo del menestral valenciano le cuadran muy bien las letras y los oficios. Valencia es una ciudad de artes y de artesanos y esa condición no la ha perdido desde los tiempos de su mayor esplendor histórico.

La difusión de Valencia en el mundo europeo ha sido y sigue siendo considerable. Nosotros recordamos el esquema que nos hizo en cierta ocasión Rafael Sánchez Mazas de una novela que proyectaba y que tenía por personaje principal a uno de esos valencianos traficantes en frutos que recorrían, hasta el Rin, la Europa comercial; la tenacidad de esos hombres tan típicamente mediterráneos ha dado en Europa otros frutos que los propios de la huerta. No hay ciudad en la Baviera o en la Borgoña donde no esté un valenciano establecido, sea con un negocio de frutos, sea con una tienda de vinos. El protagonista de la novela de Sánchez Mazas era uno de esos seres emprendedores que, al europeizarse, en cierto modo valencianizaban el mundo.

La vertiente europea de Valencia empezó, quizá,

Hasta los pájaros que se paran en las ramas de un árbol nos parecen distintos a los demás, como recién llegados de un Japón ideal y soñado.

Más al sur, el panorama queda dominado por la vasta extensión de los arrozales. Entre la desembocadura del Turia y la Albufera, las tierras tienen la tendencia a encharcarse y prospera el arroz. Es hermosa la luz gris de las aguas estancadas y la inmensa llanura inmóvil de los arrozales; y es hermoso el paso de una vela latina triangular por esos espacios inmensos de soledad y de silencio a los que sólo hierde el graznido de las gaviotas de lento vuelo. La silueta de Sueca, de Cullera, de esas poblaciones que viven en el arrozal, es como la de un hajel anclado en mitad del silencio y de las aguas grises. Los arrozales son las tierras más soscadas y eternizadas que se puedan considerar. La vista de estas grandes extensiones de agua gris es como una lámina apaciguadora en el ánimo. Y la silueta de los hombres, el chapoteo de los remos de los barqueros, sorprenden al caminante como apariciones fantasmagóricas.

aquel día en que el hijo de unos valencianos, perseguido por la Inquisición, tuvo que desplazarse, emigrante en la ciudad de Brujas, y allí conoció a la hija de otros emigrantes —esos por razones comerciales— y casó con ella. Luis Vives y Margarita Valldaura, valencianos en Brujas, son la gran proyección europea de ese mundo mediterráneo, filósófo y mercantil, pensador y traginante, que ha sido la raíz humanística del pensamiento moderno.

No ha habido escritor español más coraizado a su tierra pero a la vez más cosmopolita que don Vicente Blasco Ibáñez. El fecundo, hábil y extraordinario novelista fue un dilapidador fabuloso de imaginación y un portento de audacias creadoras. Don Vicente se quitó el blusón y se vistió el smoking de los grandes mundanos. Ha sido, sin duda, uno de los autores más leídos de toda la literatura de su tiempo. El mundo de la gran burguesía en las capitales europeas fue por él retratado con tanta eficacia como su propio mundo local y patricio de las barracas, del arroz y de la tartana. Ello nos sirve para determinar una de las características más finas del hombre de Valencia, y es su sutil espíritu de adaptación, su portentosa permeabilidad. No en vano, Valencia fue refinada corte y late en ella —y en el espíritu de los hombres de la tierra— el peso de una vieja cultura, ceremoniosa y adaptable a las formas urbanas más exquisitas.

Yo no soy valenciano y no puedo responder de haber cumplido con acierto en la comprensión de la hermosa tierra litoral. Para una comprensión absoluta de ella no habría más que trasladarse a vivirla un tiempo con una clara intención de acercamiento y de amor. No hay tiempo para ello; todo lo que digo está en mi memoria. Todo lo que digo son como los residuos dispersos que han quedado vivos en el tránsito corazón, como un amor recogido al paso y sin voluntad.